

Benito Pérez Galdós

La Corte de Carlos IV

Episodios Nacionales, 2
Primera serie



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Tercera edición: 2016
Cuarta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Anton Raphael Mengs: *Gabriel de Borbón y Sajonia, infante de España*: Museo del Prado, Madrid
© Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-414-7
Depósito legal: M. 11.494-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
18	Dos
31	Tres
41	Cuatro
51	Cinco
58	Seis
65	Siete
75	Ocho
85	Nueve
97	Diez
103	Once
113	Doce
122	Trece
127	Catorce
138	Quince
144	Dieciséis
148	Diecisiete
158	Dieciocho
171	Diecinueve
182	Veinte
191	Veintiuno
200	Veintidós
208	Veintitrés
216	Veinticuatro

225 Veinticinco
233 Veintiséis
238 Veintisiete
246 Veintiocho
250 Veintinueve

Uno

Sin oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes, vaga por Madrid un servidor de ustedes, maldiciendo la hora menguada en que dejó su ciudad natal por esta inhospitalaria Corte, cuando acudió a las páginas del *Diario* para buscar ocupación honrosa. La imprenta fue mano de santo para la desnudez, hambre, soledad y abatimiento del pobre Gabriel, pues a los tres días de haber entregado a la publicidad en letras de molde las altas cualidades con que se creía favorecido por la Naturaleza, le tomó a su servicio una cómica del Teatro del Príncipe, llamada Pepita González, o la González. Esto pasaba a fines de 1805; pero lo que voy a contar ocurrió dos años después, en 1807, y cuando yo tenía, si mis cuentas son exactas, dieciséis años, lindando ya con los diecisiete.

Después os hablaré de mi ama. Ante todo, debo decir que mi trabajo, si no escaso, era divertido y muy propio para adquirir conocimiento del mundo en poco tiempo.

Enumeraré las ocupaciones diurnas y nocturnas en que empleaba, con todo el celo posible, mis facultades morales y físicas. El servicio de la histrionisa me imponía los siguientes deberes:

Ayudar al peinado de mi ama, que se verificaba entre doce y una, bajo los auspicios del maestro Richiardini, artista de Nápoles, a cuyas divinas manos se encomendaban las principales testas de la Corte.

Ir a la calle del Desengaño en busca del *Blanco de perla*, del *Elixir de Circasia*, de la *Pomada de la Sultana* o de los *Polvos a la Marechala*, drogas muy ponderadas, que vendía un *monsieur* Gastan, el cual recibió el secreto de confeccionarlas del propio alquimista de María Antonieta.

Ir a la calle de la Reina, número 21, cuarto bajo, donde existía un taller de estampación para pintar telas, pues en aquel tiempo los vestidos de seda, generalmente de color claro, se pintaban según la moda, y cuando ésta pasaba, se volvían a pintar con distintos ramos y dibujos, realizando así una alianza feliz entre la moda y la economía, para enseñanza de los venideros tiempos.

Llevar por las tardes una olla con restos de puchero, mendrugos de pan y otros despojos de comida a don Luciano Francisco Comella, autor de comedias muy celebradas, el cual se moría de hambre en una casa de la calle de la Berenjena, en compañía de su hija, que era jorobada, y le ayudaba en los trabajos dramáticos.

Limpiar con polvos la corona y el cetro que sacaba mi ama, haciendo de reina de Mongolia, en la representación de la comedia titulada *Perderlo todo en un día por un ciego y loco amor*, y *falso Czar de Moscovia*.

Ayudarla en el estudio de sus papeles, especialmente en el de la comedia *Los inquilinos de sir John*, o *la familia de la*

India, Juanito y Coleta, para lo cual tenía yo que recitar la parte de Lord Lulleswing, a fin de que ella comprendiese bien la de Milady Pankoff.

Ir en busca de la litera que había de conducirla al teatro, y cargar también dicho armatoste cuando era preciso.

Concurrir a la cazuela del Teatro de la Cruz para silbar despiadadamente *El sí de las niñas*, comedia que el niño aborre- cía tanto, por lo menos, como a las demás del mismo autor.

Pasearme por la plazuela de Santa Ana, fingiendo que mi- raba las tiendas, pero prestando disimulada y perspicua atención a lo que se decía en los corrillos allí formados por cómicos o saltarines, y cuidando de pescar al vuelo lo que charlaban los de la Cruz en contra de los del Príncipe.

Ir en busca de un billete de balcón para la Plaza de Toros, bien al despacho, bien a la casa del banderillero Espinilla, que le tenía reservado para mi ama, cual obsequio de una amistad tan fina como antigua.

Acompañarla al teatro, donde me era forzoso tener el ce- tro y la corona cuando ella hacía mutis después de la segun- da escena del segundo acto, en *El falso Czar de Moscovia*, para salir luego convertida en reina, confundiendo a Osloff y a los magnates, que la tenían por buñolera de esquina.

Avisar puntualmente a los *mosqueteros* para indicarles los pasajes que debían aplaudir fuertemente en la comedia y en la tonadilla, indicándoles también la función que prepara- ban *los de allá* para que se apercibieran con patriótico celo a la lucha.

Ir todos los días a casa de Isidoro Máiquez con el aparen- te encargo de preguntarle cualquier cosa referente a vesti- dos de teatro; pero con el fin real de averiguar si estaba en su casa cierta y determinada persona, cuyo nombre me ca- llo por ahora.

Representar un papel insignificante, como de paje que entra con una carta, diciendo simplemente: «Tomad», o de hombre del pueblo primero, que exclama al presentarse a la multitud ante el rey: «Señor, justicia», o: «A tus reales plantas, coronado apéndice del sol». (Esta clase de ocupación me hacía dichoso por una noche.)

Y por este estilo otras mil tareas, ejercicios y empleos que no cito, porque acabaría tarde, molestando a mis lectores más de lo conveniente. En el transcurso de esta puntual historia irán saliendo mis proezas, y con ellas los diversos y complejos servicios que presté. Por ahora voy a dar a conocer a mi ama, la sin par Pepita González, sin omitir nada que pueda dar perfecta idea del mundo en que vivía.

Mi ama era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera calidad resplandecía en su persona de un modo tan sobresaliente que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura, y cuanto en lo moral lleva el nombre de expresión, encanto, coquetería, monería, etc., se reconcentraba en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe. Ante los ojos de mi ama dejaba de ser una hipérbole aquello de *combustibles áspides y flamígeros ópticos disparos*, que Cañizares y Añorbe aplicaban a las miradas de sus heroínas.

Generalmente, de los individuos que conocimos en nuestra niñez recordamos, o los accidentes más marcados de su persona, o algún otro que, a pesar de ser muy insignificante, queda grabado de un modo indeleble en nuestra memoria. Esto me pasa a mí con el recuerdo de la González. Cuando la traigo al pensamiento, se me representan clarísimamente dos cosas, a saber: sus ojos incomparables y el taconeo de

sus zapatos, *abreviadas cárceles de sus lindos pedestales*, como dirían Valladares o Moncín.

No sé si esto bastará para que ustedes se formen idea de mujer tan agraciada. Al recordarla, veo yo aquellos grandes ojos negros, cuyas miradas resucitaban un muerto, y oigo el *tip-tap* de su ligero paso. Esto basta para hacerla resucitar en el recinto oscuro de mi imaginación y, no hay duda, es ella misma. Ahora caigo en que no había vestido, ni mantilla, ni lazo, ni garambaina que no le sentase a maravilla; caigo también en que sus movimientos tenían una gracia especial, un cierto no sé qué, un encanto indefinible que podrá expresarse cuando el lenguaje tenga la riqueza suficiente para poder designar con una misma palabra la malicia y el recato, la modestia y la provocación. Esta rarísima antítesis consiste en que nada hay más hipócrita que ciertas formas de composturas, o en que la malignidad ha descubierto que el mejor medio de vencer a la modestia es imitarla.

Pero sea lo que quiera, lo cierto es que la González electrizaba al público con el airoso meneo de su cuerpo, su hermosa voz, su patética declamación en las obras sentimentales, y su inagotable sal en las cómicas. Igual triunfo tenía siempre que era vista en la calle por la turba de sus admiradores y mosqueteros, cuando iba a los toros en calesa o simón, o al salir del teatro en silla de mano. Desde que veían asomar por la ventanilla el risueño semblante, guarnecido por los encajes de la blanca mantilla, la aclamaban con voces y palmadas, diciendo: «¡Ahí va toda la gracia del mundo! ¡Viva la sal de España!»; u otras frases del mismo género. Estas ovaciones callejeras les dejaban a ellos muy satisfechos, y también a ella, es decir, a nosotros, porque los criados se apropiaban siempre los triunfos de sus amos.

Era Pepita sumamente sensible y, según mi parecer, de sentimientos muy vivos y arrebatados, aunque, por efecto de cierto disimulo, tan sistemático en ella, que parecía segunda naturaleza, todos la tenían por fría. Doy fe, además, de que era muy caritativa, gustando de aliviar todas las miserias de que tenía conocimiento. Los pobres asediaban su casa, especialmente los sábados, y una de mis ocupaciones más trabajosas consistía en repartirles ochavos y mendrugos, cuando no se los llevaba todos el señor de Comella, que se comía los codos de hambre, sin dejar de ser el *asombro de los siglos*, y el primer dramático del mundo. La González vivía en una casa sin más compañía que la de su abuela, la octogenaria doña Dominguita, y dos criados de distinto sexo que la servíamos.

Y después de haber dicho lo bueno, ¿se me permitirá decir lo malo respecto al carácter y costumbres de Pepa González? No, no lo digo. Téngase en cuenta, en disculpa de la muchacha ojinegra, que se había criado en el teatro, pues su madre fue *parte de por medio* en los ilustres escenarios de la Cruz y de los Caños, mientras su padre tocaba el contrabajo en los Sitios y en la Real Capilla. De esta infeliz y mal avenida coyunda nació Pepita, que desde la niñez comenzó a aprender el oficio con tal precocidad, que a los doce años se presentó por primera vez en escena, desempeñando un papel en la comedia de don Antonio Frumento *Sastre, rey y reo a un tiempo, o el Sastre de Astracán*. Conocida, pues, la escuela, los hábitos poco austeros de aquella alegre gente, a quien el general desprecio autorizaba en cierto modo para ser peor que los demás, ¿no sería locura exigir de mi ama una rigidez de principios que habrían sido suficientes, en las circunstancias de su vida, para asegurarle la canonización?

Réstame darla a conocer como actriz. En este punto debo decir tan sólo que en aquel tiempo me parecía excelente; ignoro el efecto que su declamación produciría en mí hoy si la viera aparecer en el escenario de cualquiera de nuestros teatros. Cuando mi ama estaba en la plenitud de sus triunfos, no tenía rivales temibles con quienes luchar. María del Rosario Fernández, conocida por *la Tirana*, había muerto el año 1803. Rita Luna, no menos famosa que aquélla, se había retirado de la escena en 1806. María Fernández, denominada *la Caramba*, también había desaparecido. La Prado, Josefa Virg, María Ribera, María García y otras de aquel tiempo no poseían extraordinarias cualidades; de modo que si mi ama no sobresalía de un modo notorio sobre las demás, tampoco su estrella se oscurecía ante el brillo de ningún astro enemigo. El único que entonces atraía la atención general y los aplausos de Madrid entero era Máiquez, y ninguna actriz podía considerarle como rival, no existiendo generalmente el antagonismo y la emulación sino entre los dioses de un mismo sexo.

Pepa González estaba afiliada al bando de los antimoratinistas, no sólo porque en el círculo por ella frecuentado abundaban los enemigos del insigne poeta, sino también porque personalmente tenía no sé qué motivos de irreconciliable inquina contra él. Aquí tengo que resignarme a apuntar una observación que, por cierto, favorece bien poco a mi ama; pero como para mí la verdad es lo primero, ahí va mi parecer, mal que pese a los manes de Pepita González. Mi observación es que la actriz del Príncipe no se distinguía por su buen gusto literario, ni en la elección de obras dramáticas, ni tampoco al escoger los libros que daban alimento a su abundante lectura. Verdad es que la pobrecilla no había leído a Luzán ni a Montiano, ni tenía noticia de la sátira de Jor-

ge Pitillas, ni mortal alguno se había tomado el trabajo de explicarle a Batteux ni a Blair, pues cuantos se acercaron a ella tuvieron siempre más presente a Ovidio que a Aristóteles y a Boccaccio más que a Despreaux.

Por consiguiente, mi señora formaba bajo las banderas de don Eleuterio Crispín de Andorra, con perdón sea dicho de cejijuntos aristarcos. Y es que ella no veía más allá, ni hubiera comprendido toda la jerigonza de las reglas, aunque se las predicaran frailes descalzos. Es preciso advertir que el abate Cladera, de quien parece ser fidelísimo retrato el célebre don Hermógenes, fue amigo del padre de nuestra heroína, y, sin duda, aquel gracioso pedantón echó en su entendimiento, durante la niñez, la semilla de los principios que en otra cabeza dieron por fruto *El gran cerco de Viena*.

Ello es que mi ama gustaba de las obras de Comella, aunque últimamente, visto el descrédito en que había caído este dios del teatro, despeñándose en la miseria desde la cumbre de su popularidad, no se atrevía a confesarlo delante de literatos y gente ilustrada. Como tuve ocasión de observar, escuchando sus conversaciones y poniendo atención a sus preferencias literarias, le gustaban aquellas comedias en que había mucho jaleo de entradas y salidas, revista de tropas, niños hambrientos que piden la teta, decoración de *gran plaza con arco triunfal a la entrada*, personajes muy barbudos, tales como irlandeses, moscovitas o escandinavos, y un estilo que permitiese decir a la dama, en cierta situación de apuro: «estatua viva soy de hielo...», o «rencor, finjamos...; encono, no disimulemos...; cautela, favorecedme».

Recuerdo que varias veces la oí lamentarse de que el nuevo gusto hubiese alejado de la escena diálogos concertantes como el siguiente, que pertenece, si mal no recuerdo, a la comedia *La mayor piedad de Leopoldo el Grande*:

MARGARITA. Vamos, amor...
 NADASTI. Odio...
 ZRIN. Duda...
 CARLOS. Horror...
 ALBURQUERQUE. Confusión...
 ULTRICA. Martirio...
 LOS SEIS. Vamos a esperar que el tiempo
 diga lo que tú no has dicho.

Como este género de literatura iba cayendo en desuso, rara vez tenía mi ama el gusto de ver en la escena a *Pedro el Grande en el sitio de Pultowa*, mandando a sus soldados que comieran caballos crudos y sin sal, y prometiendo él, por su parte, almorzar piedras antes que rendir la plaza. Debo advertir que esta preferencia más consistía en una tenaz obstinación contra los moratinistas, que en falta de luces para comprender la superioridad de la nueva escuela, y en que mi ama, rancia e intransigente española por los cuatro costados, creía que las reglas del buen gusto eran malísimas cosas, sólo por ser extranjeras y que para dar muestras de españolismo bastaba abrazarse, como a un lábaro santo, a los despropósitos de nuestros poetas calagurritanos. En cuanto a Calderón y a Lope de Vega, ella los tenía por admirables, sólo porque eran despreciados por los clásicos.

De buena gana me extendería aquí haciendo algunas observaciones sobre los partidos dramáticos de entonces y sobre los conocimientos del pueblo en general y de los que se disputaban su favor con tanto encarnizamiento; pero temo ser pesado y apartarme de mi principal objeto, que no es discutir con pluma académica sobre cosas tal vez mejor conocidas por el lector que por mí. Quédese en el tintero lo que no

es del caso; y sigo, una vez consignado el gusto de mi ama, que hoy afearía a cualquier marquesa, artista o virtuosa de lo que llaman el gran mundo, pero que entonces no era bastante a oscurecer ninguna de las gracias de su persona.

Ya la conocen ustedes. Pues bien: voy a contar lo que me he propuesto...; pero, ¡por vida de...!, ahora caigo en que no debo seguir adelante sin dar a conocer el papel que, por mi desgracia, desempeñé en el ruidoso estreno de *El sí de las niñas*, siendo causa de que la tirantez de relaciones entre mi ama y Moratín se aumentara hasta llegar a una solemne ruptura.

Dos

El hecho es anterior a los sucesos que me propongo narrar aquí; pero no importa. *El sí de las niñas* se estrenó en enero de 1806. Mi ama trabajaba en los Caños del Peral, porque el Príncipe, incendiado algunos años antes, no estaba aún reedificado. La comedia de Moratín, leída varias veces por éste en las reuniones del Príncipe de la Paz y de Tineo, se anunciaba como un acontecimiento literario que había de rematar gloriosamente su reputación. Los enemigos en letras, que eran muchos, y los envidiosos, que eran más, hacían correr rumores alarmantes, diciendo que la tal obra era un comedión más soporífero que *La mojigata*, más vulgar que *El barón* y más antiespañol que *El café*. Aún faltaban muchos días para el estreno, y ya corrían de mano en mano sátiras y diatribas, que no llegaron a imprimirse. Hasta se tocaron registros de pasmoso efecto entonces, cuales eran excitar la suspicacia de la censura eclesiástica para que no se permitiera la representación; pero de todo triunfó el mérito

de nuestro primer dramático, y *El sí de las niñas* fue representado el 24 de enero.

Yo formé parte, no sin alborozo, porque mis pocos años me autorizaban a ello, de la tremenda conjuración fraguada en el vestuario de los Caños del Peral y en otros oscuros conciliábulos, donde míseramente vivían, entre *celandales arachneos*, algunos de los más afamados dramaturgos del siglo precedente. Capitaneaba la conjuración un poeta, de cuya persona y estilo pueden ustedes formarse idea si recuerdan al omnímodo escritor a quien Mercurio escoge entre la gárrula multitud para presentarlo a Apolo. No recuerdo su nombre, aunque sí su figura, que era la de un despreciable y mezquino ser, constituido moral y físicamente como por limosna de la maternal Naturaleza. Consumido su espíritu por la envidia y su cuerpo por la miseria, ganaba en fealdad y repulsión de año en año; y como su numen ramplón, probado en todos los géneros, desde el heroico al didascálico, no daba ya sino frutos a que hacían ascos los mismos sectarios de la escuela, vivía, al fin, consagrado a componer groseras diatribas y torpes críticas contra los enemigos de aquellos a cuya sombra vivía sin más trabajo que el de la adulación.

Este hijo de Apolo nos condujo en imponente procesión a la cazuela de la Cruz, donde debíamos manifestar con estudiadas señales de desagrado los errores de la escuela clásica. Mucho trabajo nos costó entrar en el coliseo, pues aquella tarde la concurrencia era extraordinaria; pero, al fin, gracias a que habíamos acudido temprano, ocupamos los mejores asientos de la región paradisíaca, donde se concertaban todos los discordes ruidos de la pasión literaria y todos los malos olores de un público que no brillaba por su cultura.

Creerán ustedes que el aspecto interior de los teatros de aquel tiempo se parece algo al de nuestros modernos coliseos. ¡Qué error tan grande! En el elevado recinto donde el poetastro había fijado los reales de su tumultuoso batallón, existía un compartimiento que separaba los dos sexos, y de seguro el sabio legislador que tal cosa ordenó en los pasados siglos se frotaría con satisfacción las manos y daríase un golpe en la augusta frente, creyendo adelantar gran paso en la senda de la armonía entre hombres y mujeres. Por el contrario, la separación avivaba en hembras y varones el natural anhelo de entablar conversación, y lo que la proximidad hubiera permitido en voz baja, la páfida distancia lo autorizaba en destempladas voces. Así es que entre uno y otro hemisferio se cruzaban palabras cariñosas, o burlonas o soeces; observaciones que hacían desternillar de risa a todo el ilustre concurso; preguntas que se contestaban con juramentos, y agudezas cuya malicia consistía en ser dichas a gritos. Frecuentemente, de las palabras se pasaban a las obras, y algunas andanadas de castañas, avellanas o cáscaras de naranjas, cruzaban *de polo a polo*, arrojadas por diestra mano; ejercicio que, si interrumpía la función, en cambio regocijaba mucho a entrambas partes.

Sin embargo, bueno es advertir que este mismo público, a quien afeaban tan groseras exterioridades, solía dar muestras de gran instinto, llorando con Rita Luna en el drama de Kotzebue *Misanropía y arrepentimiento*, o participando del sublime horror expresado por Isidoro en la tragedia *Orestes*. Verdad es también que ningún público del mundo ha excedido a aquél en donaire para burlarse de los autores malos y de los poetas que no eran de su agrado. Igualmente dispuesto a la risa que al sentimiento, obedecía como un

débil niño a las sugerencias de la escena. Si alguien no pudo jamás tenerle propicio, culpa suya fue.

Mirando el teatro desde arriba, parecía el más triste recinto que puede suponerse. Las macilentas luces de aceite, que encendía un mozo saltando de banco en banco, apenas lo iluminaban a medias, y tan débilmente, que ni con anteojos se descubrían bien las descoloridas figuras del ahumado techo, donde hacía cabriolas un señor Apolo con lira y borceguíes encarnados. Era de ver la operación de encender la lámpara central, que, una vez consumada tan delicada maniobra, subía lentamente por máquina, entre las exclamaciones de la gente de arriba, que no dejaba pasar tan buena ocasión de manifestarse de un modo ruidoso.

Abajo también había compartimiento, y consistía en una fuerte viga llamada *degolladero*, que separaba las lunetas del patio propiamente dicho. Los palcos o aposentos eran unos cuchitriles estrechos y oscuros, donde se acomodaban como podían las personas de pro; y como era costumbre que las damas colgasen en los antepechos sus chales y abrigos, el conjunto de las galerías tenía un aspecto tal, que parecía decoración hecha expreso para representar las calles de Postas o del Mesón de Paños.

El reglamento de teatros, publicado en 1803, tendía a corregir muchos de estos abusos; pero como nadie se cuidaba de hacerlo cumplir, sólo la costumbre y el progreso de la cultura reformaron hábitos tan feos. Recuerdo que hasta mucho después de la época a que me refiero las gentes conservaban el sombrero puesto, aunque el reglamento decía terminantemente en uno de sus artículos: «En los aposentos de todos los pisos, y sin excepción de ninguno, no se permitirá sombrero puesto, gorro, ni red al pelo; pero sí capa o capote para su comodidad».

Mientras aguardábamos a que se alzase el telón, el poeta me hacía minucioso relato del infinito número de obras que había compuesto, entre dramáticas, cómicas, elegíacas, epigramáticas, venatorias, bucólicas y del género sentimental y mixto. Me contó el argumento de tres o cuatro tragedias que no esperaban más que la protección de un Mecenas para pasar de las musas al teatro, y como si mis culpas no estuvieran aún bastante purgadas con oír los argumentos, me espetó algunos sonetos, que si no eran exactamente iguales al famosísimo

Reverberante numen que del Istro
al Marañón sublimas con tu zurda,

le eran tan semejantes como una calabaza a otra.

Cuando la representación iba a empezar el poeta dirigió su mirada de gerifalte a los abismos del patio para ver si habían puntualmente acudido otros no menos importantes caudillos de la manifestación fraguada contra *El sí de las niñas*. Todos ocupaban sus puestos con puntual celo, por la causa nacional. No faltaba ninguno; allí estaba el vidriero de la calle de la Sartén, uno de los más ilustres capitanes de la mosquetería; allí el vendedor de libros de la Costanilla de los Ángeles, hombre perito en las letras humanas; allí *Cuarta y Media* cuyo fuerte pulmón hizo acallar él solo a todos los admiradores de *La mojigata*; allí el hojalatero de la Tres Cruces, esforzado adalid, que traía bajo la ancha capa algún reluciente y ruidoso caldero para sorprender al auditorio con sinfonías no anunciadas en el programa; allí el incomparable Roque Pamplinas, barbero, veterinario y sangrador, que, con los dedos en la boca, desafiaba a todos los flautistas de Grecia y Roma; allí, en fin, lo más granado y

florido que jamás midió sus armas en palenques literarios. Mi poeta quedó satisfecho de la revista que pasó a su ejército, y luego dirigimos todos nuestra atención al escenario, porque la comedia había empezado.

—¡Qué principio! —dijo oyendo el primer diálogo entre don Diego y Simón—. ¡Bonito modo de empezar una comedia! La escena es una posada. ¿Qué puede pasar de interés en una posada? En todas mis comedias, que son muchas, aunque ninguna se ha representado, se abre la acción con un *jardín corintiano, fuentes monumentales a derecha e izquierda, templo de Juno en el fondo, o con gran plaza, donde están formados tres regimientos; en el fondo, la ciudad de Varsovia, a la cual se va por un puente...*, etc. Y oiga usted las simplezas que dice ese vejete. Que se va a casar con una niña que han educado las monjas de Guadalajara. ¿Esto tiene algo de particular? ¿No es acaso lo mismo que estamos viendo todos los días?

Con estas observaciones, el endiablado poeta no me dejaba oír la función, y yo, aunque a todas sus censuras contestaba con monosílabos de humilde aquiescencia, hubiera deseado que callara con mil demonios. Mas era preciso oírle; y cuando aparecieron doña Irene y doña Paquita, mi amigo y jefe no pudo contener su enfado viendo que atraían la atención dos personas, de las cuales una era exactamente igual a su patrona, y la otra no era ninguna princesa, ni senescala, ni canonesa, ni landgraviata, ni archidapífera de país ruso o mongol.

—¡Qué asuntos tan comunes! ¡Qué bajeza de ideas! —exclamaba de modo que le pudieran oír todos los circunstantes—. ¿Y para esto se escriben comedias? Pero ¿no oye usted que esa señora está diciendo las mismas necesidades que diría doña Mariquita, o doña Gumersinda, o la tía Candun-

gas? Que si tuvo un pariente obispo; que si las monjas educaron a la niña sin artificios ni embelecocos; que la muy piojosa se casó a los diecinueve años con don Epitafio; que parió veintidós hijos... Así reventara la maldita vieja.

—Pero oigamos —dije yo, sin poder aguantar las importunidades del caudillo—, y luego nos burlaremos de Moratín.

—Es que no puedo sufrir tales despropósitos —continuó—. No se viene al teatro para ver lo que a todas horas se ve en las calles y en casa de cada *quisque*. Si esa señora, en vez de hablar de sus partos, entrase echando pestes contra un general enemigo porque le mató en la guerra sus veintiún hijos, dejándole sólo el veintidós, que está aún en la mamada, y lo trae para que no se lo coman los sitiados, que se mueren de hambre, la acción tendría interés y ya estaría el público con las manos desolladas de tanto palmoteo... Amigo Gabriel, hay que protestar con fuerza. Golpeemos el suelo con los pies y los bastones, demostrando nuestro cansancio e impaciencia. Ahora bostecemos abriendo la boca hasta que se disloquen las quijadas, y volvamos la cara hacia atrás, para que todos los circunstantes, que ya nos tienen por literatos, vean que nos aburrimos de tan sandia y fastidiosa obra.

Dicho y hecho: comenzamos a golpear el suelo, y luego bostezamos en coro, diciéndonos unos a otros: «¡Qué fastidio!... ¡Qué cosa tan pesada!... ¡Mal empleado dinero!...», y otras frases por el mismo estilo, que no dejaban de hacer su efecto. Los del patio imitaron puntualísimamente nuestra patriótica actitud. Bien pronto un general murmullo de impaciencia resonó en el ámbito del teatro. Pero si había enemigos, no faltaban amigos, desparramados por lunetas y aposentos, y aquéllos no tardaron en protestar contra nuestra manifestación, ya aplaudiendo, ya mandándonos callar

con amenazas y juramentos, hasta que una voz fuertísima, gritando desde el fondo del patio: «¡Afuera los *chorizos!*», provocó ruidosa salva de aplausos y nos impuso silencio.

El poetastro no cabía en su pellejo de indignación. Siguió haciendo observaciones conforme avanzaba la pieza, y decía:

—Ya, ya sé lo que va a resultar aquí. Ahora resulta que doña Paquita no quiere al viejo, sino a un militarito que aún no ha salido y que es sobrino del cabronazo de don Diego. Bonito enredo... Parece mentira que esto se aplauda en una nación culta. Yo condenaba a Moratín a galeras, obligándole a no escribir más vulgaridades en toda su vida. ¿Te parece, Gabrielito, que esto es comedia? ¡Si no hay enredo, ni trama, ni sorpresa, ni confusiones, ni engaños, ni *quid pro quo*, ni aquello de disfrazarse un personaje para hacer creer que es otro, ni tampoco aquello de que salen dos insultándose como enemigos para después percatarse de que son padre e hijo!... Si ese don Diego cogiera a su sobrino, y, mántandole bonitamente en la cueva, preparara un festín e hiciera servir a su novia un plato de carne de la víctima, bien condimentado con especias y hoja de laurel, entonces la cosa tendría alguna malicia... ¿Y la niña, por qué disimula? ¿No sería más dramático que se negase a casarse con el viejo, que le insultara llamándole tirano, o le amenazara con arrojarle al Danubio o al Don si osaba tocar su virginidad?... Estos poetas nuevos no saben inventar argumentos bonitos, sino majaderías con que engañan a los bobos, diciéndoles que son conformes a las reglas. Ánimo, compañeros; prepararse todo el mundo. Pronunciemos frases coléricas, y finjamos disputar en coro, diciendo unos que esta obra es peor que *La mojigata*, y otros que aquélla era peor que ésta. El que sepa silbar con los dedos, hágalo *ad libi-*